



Cómo arreglar el mundo

PROBLEMA DE LA VIVIENDA.—Para arreglar el problema de la vivienda lo único que hay que hacer es buscarle una solución eficaz. De esta manera todo el mundo tendría su pisito.

PROBLEMA DE LAS DROGAS.—Habida cuenta de que la droga es perjudicial, tanto o más para la salud como para el bolsillo, lo que hay que conseguir es que nadie tome drogas. Y en el momento en que nadie tome drogas, el problema habrá desaparecido completamente.

PROBLEMA DE VIETNAM.—Toda guerra es cruel, sangrienta, poco moralizadora y grosera. Y, actualmente, una de las más terribles es la de Vietnam. Y nosotros, desde aquí, apuntamos como solución que dicha guerra termine. Eso es todo.

PROBLEMA DEL HAMBRE.—El hambre, como se puede demostrar, no es bueno para la salud. El exceso de hambre lleva a la de pauperación, a la flaqueza e incluso a la muerte. Solución: que nadie pase hambre, que todo el mundo coma, digiera y expulse. Y se acabó.

PROBLEMA DE LA HOMOSEXUALIDAD.—Ante este problema no es justo encogerse de hombros, dar la espalda y decir «por ahí me las den todas». No. Si ello va contra Natura, lo lógico es suprimirla adoptando una de estas dos posturas: si se puede, acabar con ella. Si no se puede, hacer la vista obesa. ¿Ven qué sencillo? Pues a nadie se le había ocurrido.
De nada.

TIP y COLL

Hay varias clases de turistas: el que se mata por visitar los tesoros de catedral, aleccionado por el sacristán de turno, y el que come sandía con casera en el chiringuito de la playa; el que ante cualquier monumento con cañones le acomete la necesidad de preguntar al guía cuántos españoles nos descuartizamos mutuamente en la guerra civil y se admira de que todavía haya indígenas vivos para disputarle el sitio bajo la sombrilla del hotel y el que en seguida se hace amigo del vinatero del pueblo; el que anda por ahí, folleto en mano, buscando bargueños con taraceas de nácar, arcones antiguos, braseros dorados o, en su defecto, pantalones de pa-

LOS TURISTAS Y LA BANDERILLA

na de pastor salmantino o cachabas de matar lobos, y el que, fletado por los aires desde su país, aterriza aquí sin enterarse de que ha llegado a España o a Turquía hasta que no ve en la tapia un cartel de toros y compra una banderilla ensangrentada con sangre de conejo, aprovechado después para la paella; el que se trae hasta las cebollas de casa y aquí sólo consume sal de salina murciana y el que habita en el Palace con perro lulú, pero abona la estancia a una compañía de viajes afinada en Londres o en Detroit y paga referencias de camarero con «Diners».

De todos los turistas del mundo, el mejor probablemente es el francés. No suele visitar acueductos, monumentos con cañones, museos de cerámica, ni come cochinito asado bajo un sol de cincuenta grados, pero es capaz de descubrir, en un día tórrido, la trayectoria de la sombra de un campanario de pueblo para aparcar el coche en el sitio exacto y detectar la brisa de agosto de una esquina y pillársela al abuelo de setenta años que vive en la casa de al lado y todavía no se había dado cuenta. El francés compra lo imprescindible: «Le Figaro», banderillas y gambas al ajillo; en cambio ha tenido la virtud de habernos descubierto rincones de nuestra geografía que sólo conocían los guerrilleros de la Independencia, los maquis del cuarenta y cinco o, modernamente, el señor «El Lute».

Los turistas americanos contemplan nuestros monumentos con cara de querer y poder comprarlos, y es una lástima que no se aproveche la ocasión para hacer otro sacco de divisas, porque gran parte de nuestras fachadas merecen ser vendidas. Pero como la catedral de Toledo no se vende, salvo que haya en los alrededores un listo que dé el timo, el americano opta por la banderilla y el «sandwich» de comedor. Por otra parte, los suecos en este país no existen. Sólo existen las suecas. Llegan, se extienden en la playa, se cargan el cuerpo de sol como una batería, algún paisano presume de haber ligado con una, se levantan de la arena aturcidas, pero tienen la suficiente lucidez para comprar una banderilla, y cogen en seguida el avión del frío.

Hay otras clases de turistas que entran por nuestra puerta sin llamar. Como estarán por aquí exactamente hasta el primero de septiembre, antes de que los ibéricos nos quedemos otra vez solos, cara a cara, les podremos vender más banderillas ensangrentadas, aunque sea con salsa de tomate alicantino, para levantar la agricultura. Porque la sangre de conejo se va a reservar para nuestras mejores escopetas; dentro de poco los clarines del ojeador levantarán la veda.

VICENT

